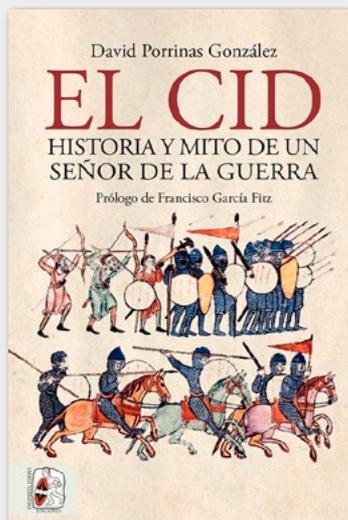


El hombre y la historia tras el mito y la apropiación

El arduo reto de revertir la realidad de un personaje histórico devorado por su propio mito en un libro donde el lector no encontrará al héroe del *Cantar*, ni a un personaje de ficción, ni a un símbolo nacional, sino a un ser de carne y hueso, producto de su propio tiempo y su coyuntura.



Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, es una de las figuras históricas más enraizadas en el imaginario colectivo de los españoles, desde el *Cantar de Mío Cid* hasta la película de Anthony Mann protagonizada por Charlton Heston y Sofía Loren. Pero, ¿fue el Cid un héroe, un símbolo de la cristiandad cruzada, tal y como a menudo se le ha querido pintar? Lo que precisamente distingue al Cid histórico es su cualidad de antihéroe, de señor de la guerra capaz de forjar su destino a hierro y labrarse su propio reino. David Porrinas, uno de los mayores expertos en el tema, tal y como acreditan sus numerosísimas publicaciones, plasma en este libro todo lo que la investigación histórica ha alumbrado sobre el Campeador, enfocando en particular hacia perspectivas poco tratadas como son las de la guerra y la caballería. Un libro, además, bellamente ilustrado y al que Desperta Ferro Ediciones ha añadido más de veinte mapas marca de la casa, imprescindibles para entender este convulso periodo. La obra plantea pues al personaje en su tiempo, su mentalidad y sus circunstancias: el escenario para la epopeya del Campeador es una península ibérica donde los reinos cristianos comienzan a expandirse a costa de las débiles taifas andalusíes, con fronteras mutables y permeables, y donde irrumpen por un lado los fanáticos almorávides y por otro la idea de cruzada. *El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra* es un digno continuador de *La España del Cid* de Ramón Menéndez Pidal. Una obra que, como su protagonista, hará historia.



David Porrinas González es investigador y profesor en la Universidad de Extremadura. Licenciado y doctor en Historia por la UEX con la tesis Guerra y caballería en la plena Edad Media. Condicionantes y actitudes bélicas, Castilla y León, siglos XI-XIII, dirigida por F. García Fitz, con Premio Extraordinario. Ha publicado trabajos relacionados con la guerra y la caballería medieval, y el Cid Campeador. Es miembro del proyecto Violencia religiosa en la Edad Media peninsular: guerra, discurso apologético y relato historiográfico, siglos X-XV, dirigido por C. de Ayala Martínez y S. Palacios Ontalva (UAM).

Disponible el miércoles 4 de diciembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



ÍNDICE

Agradecimientos

Prólogo de Francisco García Fitz

Introducción

Capítulo 1 El siglo XI: el siglo del Cid

Capítulo 2 Los primeros años de Rodrigo Díaz

Capítulo 3 El primer destierro, comandante mercenario al servicio de Zaragoza

Capítulo 4 Protector y gobernante virtual de Valencia

Capítulo 5 Señor de la guerra independiente en torno a Valencia

Capítulo 6 La conquista de Valencia

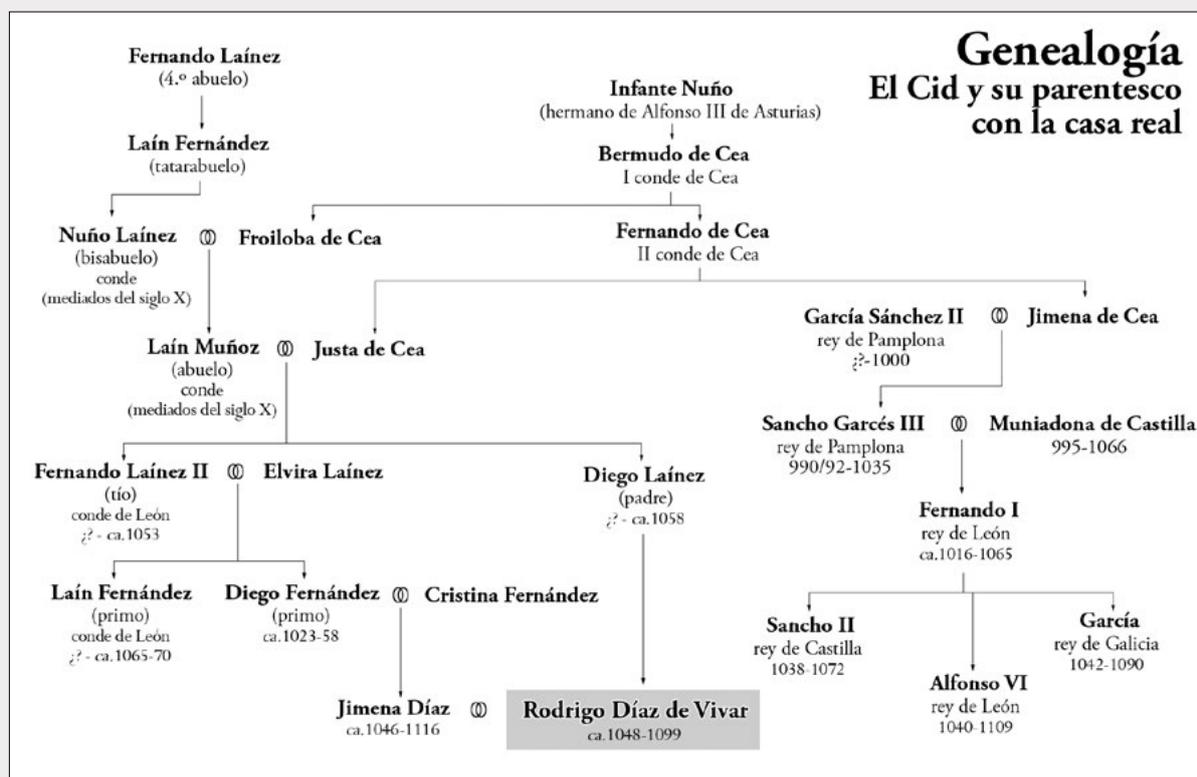
Capítulo 7 Hacia la consolidación de un principado

Capítulo 8 El Cid después de Rodrigo el Campeador: la imagen mutante de un mito viviente

Anexo: Fuentes para el estudio del Cid histórico

Bibliografía

Índice analítico



CAPÍTULO 1 EL SIGLO XI: EL SIGLO DEL CID

GUERRA, CASTILLOS Y CABALLEROS

Pero ¿cómo se hacía la guerra en la época del Cid?¹⁰ Podría parecer que en las lides que se practicaban durante la segunda mitad del siglo XI, como en la Edad Media en general, la batalla campal era la modalidad de lucha más habitual. Sin embargo, en esta época, el combate era bastante menos frecuente que los asedios a castillos y fortalezas y las cabalgadas predatorias y devastadoras. Algún reputado especialista ha considerado que la guerra en la Edad Media consistió, básicamente, en unas cuantas batallas, numerosos asedios y muchas cabalgadas.¹¹ La época del Cid no supuso una excepción en este panorama general, pero es importante matizar ciertos aspectos.

En la segunda mitad del siglo XI, en concreto en el ámbito de los reinos cristianos peninsulares, la batalla campal, el choque de dos ejércitos en el campo de batalla, parece que fue más frecuente que en siglos posteriores. No solo se desencadenó en ese periodo un mayor número de batallas, sino que también estas tuvieron consecuencias significativas, ya que en algunas de ellas se produjo la muerte o el apresamiento de ciertos reyes, con todas las implicaciones políticas, sociales y psicológicas que tales acontecimientos acarrearán.

En 1037, el soberano leonés Bermudo III encontró la muerte en la batalla de Tamarón y los derechos al trono pasaron a su hermana Sancha, esposa de Fernando I de Castilla, quien, de conde de Castilla, pasó a convertirse en rey de León. En 1056, García Sánchez III de Pamplona murió en la batalla de Atapuerca en un enfrentamiento contra su hermano, Fernando I de Castilla, el cual, con este fallecimiento, consiguió ampliar los territorios castellanos a costa de algunas comarcas pertenecientes al reino de Pamplona y someter a su obediencia mediante vasallaje al nuevo monarca pamplonés, hijo del rey fallecido y, por tanto, sobrino de Fernando. Por poner un último ejemplo, en 1063, Ramiro I fue asesinado en el transcurso de la batalla de Graus, en la que se enfrentó a una coalición castellano-musulmana comandada por el infante Sancho II de Castilla.¹² Es posible que en esa última pugna estuviera presente Rodrigo Díaz, muy joven aún, como también es factible que en el mencionado choque de Atapuerca actuara su padre, Diego Laínez.

Podemos inferir que Fernando I logró incrementar poder, territorios e influencia gracias a tres contiendas exitosas para sus armas. El rendimiento que obtuvo Fer-

nando de las batallas campales es indudable, como lo es también que Rodrigo Díaz explotara también ese recurso militar para su propio beneficio. Es decir, la trayectoria y éxitos de Rodrigo no pueden entenderse sin su papel en los combates en los que participó, algunos de ellos buscados de forma premeditada para alcanzar unos objetivos y neutralizar a sus enemigos. Rodrigo es un caso peculiar en este sentido, porque pocos comandantes medievales, y no ya solo del siglo XI, participaron en un número tan elevado de batallas campales, unas seis en total, tanto contra enemigos cristianos como contra musulmanes. Resulta extraordinario asimismo el hecho de que Rodrigo Díaz alcanzara siempre la victoria en ese tipo de operación, peligrosa e incierta en la que, como hemos comprobado, podían morir incluso reyes. Es por ello por lo que se le llamó *Campidoctus* [Campeador], que significa algo así como «señor del campo de batalla».¹³

Es llamativo, por tanto, que, pese a la relativa escasez de batallas campales en la época, y de que los asedios fueran operaciones más habituales, Rodrigo Díaz interviniera en más combates que asedios y que basara en la cabalgada erosiva y predatoria buena parte de su actividad militar. Aun así, a pesar de esas particularidades y excepciones, que deben destacarse y tenerse muy en cuenta, Rodrigo Díaz fue, en muchos sentidos, un modelo de las formas de hacer la guerra en la Edad Media en general y en el siglo XI en particular. El de Vivar ejecutó con éxito las tres tipologías militares principales que configuraban el paradigma bélico medieval: la batalla, el asedio y la cabalgada, y de todas ellas obtuvo beneficios evidentes.

Ya hemos afirmado que la figura de Rodrigo Díaz, el Campeador, no se puede entender sin un análisis de su vertiente militar, pues es la actividad bélica la que más sentido dio a su existencia y la que le reportó celebridad en su tiempo y fama para la eternidad. De igual modo, tampoco se puede entender el siglo XI europeo y peninsular sin tener en cuenta esa realidad bélica, que, en buena medida, condicionó la consolidación y surgimiento de reinos, principados y señoríos. El mapa europeo del siglo XI es complicado en extremo. No obstante, es interesante fijar, aunque sea mínimamente, nuestra atención en ese mosaico de señoríos y reinos que fue la Europa de aquella época y centrarnos, de forma breve, en algunos escenarios relevantes.



campales, Tamarón (1037), Atapuerca (1054) y Graus (1064), respectivamente. Gracias a ello, Fernando logró una notable ampliación territorial de sus dominios e incremento de su poder, como apuntábamos más arriba. Así, en esos años, pasa de ser conde de un mermado condado de Castilla a convertirse en soberano de León, por su matrimonio con Sancha, hermana del fallecido sin descendencia en Tamarón, Bermudo III. Asimismo, también vio crecer su influencia en Pamplona y Aragón gracias a una política de vasallajes forzados a los herederos de los reyes caídos en batalla. Por todo ello, se convirtió en el monarca cristiano más poderoso de la Península, al tiempo que ejecutaba conquistas de territorios islámicos, por medio de las cuales logró apoderarse de Lamego, Viseo y Coimbra, en 1057, 1058 y 1064, así como sometía al pago de parias a algunos príncipes musulmanes.³⁵

Antes de su muerte, en 1065, el rey Fernando I decidió dividir su vasto imperio entre su progenie. Al primogénito, Sancho, le dejó en herencia el reino de Castilla; a Alfonso, León y el título imperial; a García, Galicia y los territorios conquistados en Portugal; a Urraca, Zamora; y a Elvira, Toro. Sancho, como había hecho su padre años atrás, pronto se enfrentó a sus hermanos para acumular el máximo poder posible, ya

Alfonso VI, según una miniatura del siglo XII del Tumbo A (Libro de privilegios) de la catedral de Santiago de Compostela. Durante el reinado de su padre, Fernando I, Castilla se impuso como potencia hegemónica en la Península, tanto sobre sus vecinos andalusíes como sobre el resto de reinos cristianos. Alfonso continuó y profundizó esta tendencia, con el importantísimo hito de la conquista de Toledo, que además constituía un triunfo simbólico, ya que permitía que Castilla se erigiese en heredera del antiguo reino hispanovisigodo del que la ciudad del Tajo había sido capital.

que se mostraba enormemente perjudicado por la división testamentaria establecida por Fernando.

Es durante esos años cuando empezamos a tener noticias de Rodrigo Díaz, integrado en la corte de Fernando I y, tras la muerte de este, en la de Sancho II, a quien sirvió como escudero y a cuyo lado protagonizó sus primeras intervenciones bélicas significativas. Hacia finales de la década de los 60 de ese siglo, Sancho II, el primogénito del rey Magno, encontró la muerte en el asedio de Zamora a manos de un *miles* llamado Vellido Dolfos, que es posible que actuara por encargo de Urraca y Alfonso VI, ambos hermanos de Sancho. En ese asedio, estuvo presente un joven Rodrigo Díaz, al igual que lo estuvo en dos batallas campales que habían enfrentado a Sancho y Alfonso, las de Llantada (1068) y Golpejera (1072), sus primeras experiencias militares y en las que aprendió numerosos aspectos relacionados con la actividad que iba a marcar su trayectoria vital: la guerra.

Después de estos acontecimientos, Alfonso VI se convirtió en emperador y fue durante su reinado (1072-1109) cuando Rodrigo Díaz vivió la mayor parte de su existencia. A pesar de que una parte de la historiografía cidiana deformó la figura de Alfonso VI mediante un análisis asimétrico basado en la comparación con el Campeador, en virtud de las visiones peyorativas del monarca forjadas por la *Historia Roderici* y el *Cantar de mio Cid*, lo cierto es que el suyo constituye uno de los reinados más brillantes y trascendentales de todo el periodo medieval. Alfonso llevó al extremo la política de parias instaurada por su padre y aprovechó la debilidad de un al-Ándalus fragmentado para expandir sus dominios desde el Duero hasta el Tajo, como veremos más adelante. La conquista de Toledo en 1085 es un acontecimiento fundamental para entender lo que sucedió desde entonces en la península ibérica, pues es la primera ciudad importante que los cristianos arrebataron a los musulmanes en ese proceso de larga duración que ha dado en llamarse Reconquista.³⁶

Alfonso VI, al igual que Rodrigo Díaz, tuvo que relacionarse con otros reinos y principados cristianos peninsulares que se encontraban en proceso de formación y consolidación. Nos interesan sobre todo aquellas entidades políticas con las que Rodrigo Díaz tuvo una relación más intensa y que no fueron otras sino el reino de Aragón y el condado de Barcelona.

CAPÍTULO 2

LOS PRIMEROS AÑOS DE RODRIGO DÍAZ

AL SERVICIO DE ALFONSO VI

Aunque pueda resultarnos un tanto chocante, Alfonso VI recibió a Rodrigo Díaz sin problemas aparentes. Pronto vemos al diestro caballero formar parte del séquito del nuevo monarca, integrado a su servicio y cumpliendo sus mandatos. Puede que hubiera perdido protagonismo en la esfera política del nuevo trono instaurado, pero, al menos, no se le despreciaba como a un enemigo. Una de las muestras más significativas de la voluntad de Alfonso por atraerlo fue la de proponerle un matrimonio ventajoso y provechoso. La noble dama Jimena Díaz fue la elegida para desposar a Rodrigo. Por otra parte, nada hay de histórico en la fantástica Jura de Santa Gadea, una ficción literaria que, siglo y medio más tarde, se encargaron de imaginar los romances y que, de alguna forma, adquirió categoría de verdad y fue integrada en el imaginario popular gracias a la película de 1961 dirigida por Anthony Mann y protagonizada por Charlton Heston. No tenía sentido, ni era posible, que un aristócrata acusara de asesinato de esa manera a un rey ante la opinión pública, pues ese hecho hubiera constituido un delito de traición.²⁹

Tanto la *Historia Roderici* como el *Carmen Campidoc-toris* expresan el óptimo recibimiento que Alfonso VI dio a Rodrigo tras la muerte del rey Sancho. El *Carmen* expresa que Alfonso «comenzó a amarlo, queriéndolo ensalzar sobre los otros», hasta tal punto que otros miembros de la corte empezaron a envidiarlo y a intentar indisponer al soberano con Rodrigo. La *Historia* incide también en ese «amor» mostrado por Alfonso hacia Rodrigo, que se tradujo en el matrimonio con una noble asturiana que le proporcionó:

Después de la muerte de su señor el rey Sancho, que lo crio y tanto lo amó, el rey Alfonso lo recibió con honores por vasallo y lo tuvo a su lado con gran amor y distinción. Le dio por esposa a su sobrina doña Jimena, hija de Diego, conde de Oviedo, del cual engendró hijos e hijas.³⁰

Como afirma la *Historia*, Jimena era hija de un conde ovetense llamado Diego Fernández, del que hay escasa información.³¹ Ese matrimonio le servía a Alfonso VI para vincular linajes asturianos y castellanos y, a la vez, proporcionaría a Rodrigo cierto ascenso social, al tratarse Jimena de la hija de un conde. El casamiento debió de

sustanciarse en el año 1074, pues la carta de arras de Rodrigo a Jimena está fechada en julio de ese año. Ese interesante documento, que ha sido estudiado en profundidad por Alberto Montaner,³² expone con detalle la dote que Rodrigo entregó a Jimena para su enlace. El negocio se ejecutaba según el fuero de León, que obligaba al pretendiente a confiar a su esposa algo más de la mitad de sus posesiones patrimoniales. Si se hubiese realizado según el derecho castellano, Rodrigo hubiera tenido que adjudicar bastante menos a Jimena, el 10 por ciento de sus posesiones. Gracias a esa carta, por tanto, podemos hacernos una idea parcial de en qué consistía el patrimonio territorial de Rodrigo. Un segundo negocio jurídico notable que se sustancia en ese documento es la *profiliatio* mutua entre Rodrigo y Jimena, mediante la cual se nombraban de manera recíproca herederos universales de todas sus propiedades y debían transmitir las a los hijos engendrados por ambos. Solo perdería Jimena las arras de Rodrigo en caso de contraer un segundo matrimonio. Una disposición que tuvo una relevancia significativa en el futuro, pues gracias a ella Jimena se convirtió en señora de Valencia cuando Rodrigo murió en julio de 1099.

El documento de arras debió de tener una importancia sustancial, pues lo consignaron el rey Alfonso VI; sus hermanas, las infantas Urraca y Elvira; el alférez real, Rodrigo González; los condes castellanos, Munio González y Gonzalo Salvadórez; y los condes leoneses Pedro Ansúrez y García Ordóñez. Todos ellos actuaron como fedatarios, garantes del cumplimiento de lo que en él se establecía. Con ese compromiso, Rodrigo entregó a Jimena como arras un monasterio, el de San Cebrián de Buena Madre, 3 villas enteras y parte de otras 34, todas ubicadas en tierras castellanas. Puede apreciarse con eso que el patrimonio de Rodrigo no consistía en una única gran propiedad o en unas pocas extensas propiedades, sino más bien en parcelas dispersas por la geografía. Dichas características del patrimonio cistiano llevan a Ernesto Pastor a considerar que los ingresos obtenidos por Rodrigo mediante la explotación de aquellas tierras serían un tanto limitados y que, por tanto, amplió sus ganancias gracias al cobro de rentas y actividades políticas y militares. Entre estas últimas, el botín de guerra constituyó una fuente de beneficios destacable, lo que permitió a Rodrigo el mantenimiento de una hueste a su servicio.³³

CAPÍTULO 3 EL PRIMER DESTIERRO

COMANDANTE MERCENARIO AL SERVICIO DE ZARAGOZA

Al-Muqtádir, además de un político hábil, era un rey erudito, un destacado estudioso de las matemáticas y la astronomía. Durante su mandato, Zaragoza floreció culturalmente; fue él quien ordenó la construcción del palacio de la Aljafería y su corte fue una de las más brillantes en lo artístico, lo científico y lo filosófico. Por ella desfilaron, según Vernet y Grau, más de doscientos personajes célebres, entre musulmanes y judíos, que cultivaron estudios de matemáticas, astronomía, medicina, poesía, gramática, filosofía, derecho o religión, más de cien de los cuales viajaron, en alguna ocasión, a oriente para ampliar sus conocimientos.²

No tardó mucho tiempo en fallecer el anciano al-Muqtádir, puede que hacia finales de 1081 o en los primeros meses de 1082. Antes de su muerte, decidió dividir sus vastos dominios entre sus dos hijos y dejó a al-Mutamin la zona de Zaragoza y a Mundir la de Lérida, Tortosa y Denia. Al igual que ocurría en el universo cristiano, que tan bien conocía Rodrigo, pronto se desencadenó una guerra fratricida entre los herederos. La *Historia Roderici*, una vez más, fuente esencial para conocer esta etapa de la vida de Rodrigo, afirma que al-Mutamin recibió con sumo agrado al comandante castellano, a quien apreciaba, y que, por ello, lo integró en su consejo:

Al-Mutamin apreciaba mucho a Rodrigo y lo exaltó y puso en lugar principal sobre todo su reino y toda su tierra, usando de su consejo en todos los asuntos.³

La tarea de Rodrigo al frente de las huestes zaragozanas no era sencilla. Tras la muerte de al-Muqtádir, como hemos apuntado, estalló el conflicto entre los



hermanos. El castellano recibió el mandado de recuperar territorios orientales de la taifa de Zaragoza. Por su parte, Mundir fue hábil y se alió con Sancho Ramírez de Aragón y con Berenguer Ramón II de Barcelona, a quienes pagó parias a cambio de socorro militar para las guerras contra su hermano. Las tierras de Lérida y el Maestrazgo fueron los escenarios principales en los que Rodrigo combatió contra los enemigos de su nuevo señor. A pesar de sus esfuerzos, y de la retórica de la *Historia Roderici*, lo cierto es que el reino de Aragón prosiguió su expansión a costa de Zaragoza y logró conquistar castillos de importancia como Muñones, Secastilla y Graus, hacia Barbastro; y Ayerbe, Arascués y Bolea hacia Huesca; así como Arguedas hacia Tudela.⁴

Sin embargo, la *Historia* también presenta otro panorama. Nos habla de la contienda que inician los hermanos y de las alianzas que establece Mundir, «al-Hayib», con aragoneses y catalanes, cristianos que odiarían a Rodrigo porque se había convertido en una especie de protector de los zaragozanos:



Acceso al llamado Salón Dorado de la Aljafería. El autor andalusí del siglo XIII al-Saundi escribe en su *Risala fi fadl al-Andalus* [Elogio del islam andalusí]: «Tenéis un rey, al-Muqtadir, señor de Saraqusta, realmente admirable, es destacado matemático, ha escrito bellos poemas y al hermoso palacio de la Alfarería, que él ordenó construir, y al Salón de Oro, que fue escenario de anécdotas importantes de su vida, él les dedicó los siguientes versos: ¡Oh, Palacio de la Alegría! ¡Oh, hermoso salón de oro! [...] Aunque mi reino no tuviera otras joyas y más tesoros, yo, teniéndoo a los dos, ya tendría cuanto ambicioso, que con este bello alcázar mi alegría llega a su colmo».

Parece que surgió entonces una enemistad cruel y violentísima entre Al-Muṭamin y su hermano Al-Hayib, hasta el punto que acordaron lugar y día para combatir entre ellos. Sancho, rey de Aragón y de Pamplona, y Berenguer, conde de Barcelona, protegían a Al-Hayib e iban en su compañía. Con Al-Muṭamin estaba Rodrigo Díaz, que le servía fielmente y custodiaba y protegía su reino y su tierra, por cuya causa principalmente lo querían mal y tramaban contra él.⁵

Monzón era una de las manzanas de la discordia en aquella disputa. Reclamada tanto por leridanos como por zaragozanos, en plena frontera con el reino cristiano de Aragón, era una plaza lo suficientemente importante como para luchar por su control. Estaba si-

tuada en el extremo norte de la taifa de Zaragoza, a unos 16 kilómetros al sur de Barbastro, y era una fortaleza amenazada por los efectivos de Lérida y los aragoneses. Ambos ejércitos desarrollaban maniobras por la zona y, por ello, al-Mutamin ordenó a Rodrigo acudir al lugar con sus hombres para protegerla. Al tener noticia de aquel movimiento, el rey Sancho Ramírez «juró y dijo que de ninguna manera se atreviera a hacerlo», pero Rodrigo reaccionó plantando sus tiendas «ante la vista de sus enemigos, o sea, de todo el ejército de al-Hayib» y entró al día siguiente en la fortaleza de Monzón.⁶ Es posible que el Campeador permaneciera acampado delante de la fortaleza durante un día entero en espera de movimientos enemigos, pero estos no se dieron y por eso entró en Monzón, quizá para ampliar la guarnición que lo defendía y mejorar sus defensas ante posibles ataques.

CAPÍTULO 6 LA CONQUISTA DE VALENCIA

INTENSIFICACIÓN DE LOS COMBATES. REPRESIÓN, TORTURA Y MUERTE

La ciudad entera se convirtió en una gigantesca morgue de tantos como estaban muriendo por culpa del hambre. Había fosas comunes alrededor de la mezquita mayor, en las plazas, en las cercanías de las murallas, y ninguna de ellas contenía menos de diez cuerpos. Los que podían escapar de aquel infierno corrían a refugiarse al campamento del Campeador, el cual entendió que aquella huida era una maniobra de Ibn Yahhaf. Comprendió que el rey de Valencia podía estar expulsando «bocas inútiles» del interior de la ciudad, para condurar los escasísimos víveres disponibles. El Cid intentaba por todos los medios entrar a la ciudad por fuerza y probaba algunos asaltos a sus murallas, pero ninguna de esas tentativas fructificaba y el tiempo transcurría. Le preocupaba que cualquier día pudieran presentarse allí los almorávides, le urgía apoderarse de Valencia cuanto antes. A veces se mostraba satisfecho con la salida de musulmanes de la ciudad y, en una de esas ocasiones, fueron a visitarlo unos notables valencianos para dialogar con él, los cuales le aseguraron que podría apoderarse de la villa si la golpeaba con contundencia, pues, en aquellos momentos, la defendían muy pocos hombres armados.

Convencido por aquellas palabras, decidió lanzar un ataque contra una de las puertas, la de Bab-al-Hanax o de la Culebra, aproximándose a ella y a ese sector de la muralla. Los valencianos se defendieron de la ofensiva lanzando una lluvia de piedras y flechas contra los hombres del Cid, lo que los obligó a refugiarse, junto con el propio Rodrigo, en unos baños que se encontraban cerca del muro. Los hombres de Ibn Yahhaf abrieron la puerta y contraatacaron a Rodrigo y los suyos, acorralados en el interior de aquellos baños, en el lugar por donde habían entrado como única vía de escape y que ahora ocupaban los guerreros del cadí. El Cid mandó abrir un boquete en una de las paredes y consiguieron escapar por allí, se sentía rabioso y arrepentido y tenía la certeza de que había sido muy mal aconsejado por aquellos notables valencianos, ya que todo podía haberse tratado de una trampa que le habían tendido.⁸¹

Lo mejor era mantener e intensificar la estrategia del hambre. Ordenó pregonar ante las murallas que todo aquel que osara salir de la urbe sería quemado vivo. Des-

de ese punto, emergió el Campeador más sanguinario y brutal, que aplicaba medidas extremas contra todo aquel que consiguiese apresar. Cumplió sus amenazas y mandó a la hoguera a algunos ante los ojos de todos; ciertos días, llegó a quemar hasta a diecisiete personas. A otros los arrojaba a perros para que los despedazaran vivos. Los que lograban escapar de ese destino atroz era porque resultaban capturados sin que lo supiera Rodrigo y eran enviados a «tierra de cristianos» para ser vendidos allí como esclavos, sobre todo jóvenes y mujeres vírgenes. Si tenía conocimiento de que algún reo tenía parientes ricos en Valencia lo torturaba colgándolo en los alminares de las mezquitas de fuera de la villa y apedreándolo allí mismo. Algunos musulmanes de Alcudia, cuando entendían que aquellos correligionarios estaban a punto de morir, solicitaban que fueran liberados y que los permitiesen vivir con ellos en el arrabal.⁸²

Los testimonios contemporáneos de aquellas atrocidades resultan espeluznantes a nuestros ojos. Uno de esos testigos afirma que:

Si alguien huía del campamento [cristiano], le sacaban los ojos, le cortaban las manos, le quebraban las piernas o le mataban, con lo cual la gente prefería morir en la ciudad [...].⁸³

Llegó un momento en el que la inanición era tan aguda y desesperante que había gente que prefería morir a manos del Campeador antes que seguir soportando aquella carestía. El comandante cristiano «disfrutaba» con la matanza y se complacía en exhibir en lugares bien visibles los cuerpos de los valencianos torturados y ejecutados:

El tirano se dedicó a quemar a quien salía de la ciudad hacia su campamento, de modo que no salieran los pobres y pudieran ahorrarse víveres para los ricos, pero la gente empezó a desdeñar el ser quemada por el fuego, y él pasó a divertirse matándolos, colgando sus despojos en los alminares de los arrabales y en las alturas de los árboles.⁸⁴

CAPÍTULO 7 HACIA LA CONSOLIDACIÓN DE UN PRINCIPADO

EL CONTRAATAQUE ALMORÁVIDE. LA BATALLA DE CUARTE (OTOÑO DE 1094)

La crónica usada por el historiador Ibn Idari sitúa esos hechos el día 21 de octubre de 1094, fecha en la que se desencadenó la lid. Debemos entender que esa divulgación de rumores por parte del Campeador se habría ido desarrollando desde días atrás. Para ello, Rodrigo habría estudiado la manera de infiltrar hombres en el campamento enemigo, los encargados de propalar en su corazón las habladurías de la movilización de tropas cristianas que acudían en ayuda de la Valencia dominada por el Cid.³⁰ Una vez más, llegado el momento, Rodrigo se valió de la noche para desplegar la táctica que había diseñado durante el tiempo del que había gozado para planificar bien una batalla compleja, arriesgada y un tanto temeraria.

El planteamiento táctico concebido por Rodrigo Díaz consistió en dividir a sus hombres en dos cuerpos. Uno de ellos, menos nutrido, aprovechó la oscuridad nocturna para completar un amplio rodeo al campamento de los almorávides y posicionarse justo a su espalda. Alfonso Boix propone, en un estudio clarificador, que ese grupo de combatientes cidianos no fue detectado por el enemigo porque utilizó una acequia para ocultarse y marchar con sigilo.³¹ La canalización rodeaba ampliamente la ciudad por el sur y desembocaba en la Albufera y, para llegar hasta ella, la columna tuvo que salir de Valencia por la puerta oriental de Bab Ibn-Sajar.³² Cuando aquella parte de la hueste cidiana estuvo emboscada y preparada, el grueso del contingente, comandado por el propio Campeador, salió de Valencia por la puerta de la Culebra (Bab al-Hanax) al rayar el alba y cargó contra la posición que ocupaban los almorávides. Al verse sorprendidos, los musulmanes se armaron de manera precipitada y contraatacaron a los cristianos, quienes, como tenían previsto, dieron media vuelta y emprendieron la huida hacia el interior de la ciudad. Aquella maniobra tenía la finalidad de mover a los almorávides de su campamento, arrancarlos de allí para que el cuerpo emboscado atacara el real por sorpresa y sembrara la confusión, el miedo y el caos, que es lo que acabó por suceder. Los musulmanes se creyeron atacados por los efectivos de Alfonso VI y no por una parte del ejército cidiano, eso hizo cundir el pánico, el desorden y la huida caótica y a toda prisa. Los cristianos no se dedicaron a la masacre, sino que dieron prioridad a la aprehensión de todo el botín posible y a la necesidad de dar descanso a sus

caballos, que se mostraban exhaustos, por lo que la batalla fue menos sangrienta de lo que podía haber sido. Por este motivo, encontró la muerte un número relativamente escaso de musulmanes:

El enemigo, dedicado al saqueo, no persiguió a los huidos, dando alivio a sus caballos, debilitados por cuanto habían hecho en Valencia, y así no actuó la espada ni corrió la sangre, excepto la de algunos pocos musulmanes a quienes otorgó Dios como premio el martirio.³³

La *Historia Roderici* es bastante escueta en la narración de esta significativa victoria de Rodrigo Díaz y se centra, casi en exclusiva, en la descripción de un inmenso botín que hizo aún más ricos al Campeador y a sus hombres:

De tal manera con la ayuda de Dios, consiguió el triunfo y la victoria sobre ellos que, vencidos y retrocediendo, se dieron a la fuga. Muchos murieron a golpes de espada, otros fueron conducidos prisioneros al campamento de Rodrigo junto con sus mujeres y sus hijos. Tomaron todo su campamento y sus tiendas, en las que encontraron innumerables riquezas, oro, plata y telas preciosas, las despojaron por completo de todos los tesoros hallados allí. Rodrigo y todos los suyos se enriquecieron y se hicieron con mucho oro plata, telas preciosísimas, caballos de combate, de posta y mulos, armas de diversas clases, abundantes víveres y tesoros inenarrables.³⁴

En Cuarte fue derrotado por primera vez un ejército almorávide en la península ibérica. Hasta aquella fecha, los enfrentamientos que habían trabado los norteafricanos con huestes cristianas en suelo peninsular se habían saldado con victorias para los primeros y derrotas para los segundos. Rodrigo Díaz había conseguido demostrar que aquellos guerreros del desierto no eran invencibles, a pesar de que habían conseguido derrotar, hasta ese momento, a poderosos contingentes cristianos comandados por figuras de la talla de Álvar Fáñez o del mismísimo Alfonso VI.

CAPÍTULO 8 EL CID DESPUÉS DE RODRIGO EL CAMPEADOR

LA IMAGEN MUTANTE DE UN MITO VIVIENTE

En julio de 1099 moría Rodrigo Díaz en Valencia por causas naturales, si como tales pueden considerarse el desgaste físico y mental padecido y acumulado a lo largo de una intensa vida militar y diplomática. Ya desde su mismo tiempo empezó a construirse una imagen heroica que, a partir del deceso del guerrero, no hizo sino crecer, amplificarse, expandirse, reinterpretarse, mutar...Y es que, desde entonces y hasta la actualidad, cada centuria tuvo a su propio Cid, «cides», en algún caso. La historia de España es, en cierta medida, la de ese Cid mental que, con distintas intenciones y motivaciones, fueron creando autores de diversa condición y naturaleza a lo largo de esos siglos. Como afirma Adrián J. Sáez:

[...] el Cid nunca ha dejado de cabalgar porque cada época ha recuperado la cara del personaje que más le convenía: valiente o desafiante, paradigma del soldado cristiano, padre ejemplar [...] muy frecuentemente en relación con los valores que se entendían como nacionales.²

Sería ingente la tarea de analizar los cambios que ha experimentado la imagen del Cid a lo largo del tiempo, desde, al menos, mediados del siglo XII, cuando encontramos las primeras opiniones literarias, hasta una actualidad en la que sigue siendo un personaje que despierta interés y admiración en un público relativamente amplio. Conocidas son las analogías que desde distintos medios de comunicación, o desde diversas ideologías, se siguen realizando entre el Campeador y determinados protagonistas contemporáneos, en especial en el ámbito de la política, pues el Cid sigue siendo traído a la memoria, para bien o para mal, para establecer comparaciones, en algún caso sorprendentes, con algunos políticos de distinto signo.

Por ello, no sorprende, tal vez, que José María Aznar decidiera disfrazarse de Cid Campeador en 1987,

cuando preparaba su reelección como presidente de la Junta de Castilla y León, y posar de esa guisa para un reportaje que publicó un suplemento del diario *El País*.³ Quizá sea más llamativo que, entre octubre de 2016 y junio de 2018, Pedro Sánchez evocara uno de los clichés más veces asociados al héroe castellano, el de vencedor de batallas después de muerto, para reivindicarse dentro de un partido que lo había «des-terrado», «matado» políticamente, de alguna manera. Para ello, recorrió caminos en busca de aliados y regresó fortalecido, se hizo con las riendas del partido que lo había expatriado y consiguió la victoria para liderar el PSOE no solo contra propios, sino también contra extraños. Con esa acción, consiguió aglutinar voluntades que llevaron a una moción de censura que terminó con el mandato de Mariano Rajoy y lo aupó a él a la presidencia del Gobierno.⁴ En los últimos tiempos, Santiago Abascal, líder de la formación política VOX, también ha pretendido identificarse con un Cid Campeador destinado a «salvar España».⁵

Las citadas, sin otra pretensión que la informativa, son solo algunas puntadas de un mundo actual que continúa valiéndose, cuando no abusando, de un personaje histórico convertido en mito desde poco después de su muerte. Esa historia de transformaciones, mutaciones, añadidos y giros comenzó, así pues, apenas fallecido el personaje histórico. Cerrada la historia, empezó el trabajo de los «inventores» de un nuevo Cid, expresión acertada del maestro Diego Catalán, uno de los estudiosos que más ha contribuido al esclarecimiento de la materia cidiana medieval.⁶ Puede que la viuda Jimena y el obispo Jerónimo trabajaran para que se mantuviera viva la memoria del conquistador de Valencia, para que su gesta no cayera en el olvido y los siglos la recordaran. Es posible que ambos lanzaran los primeros argumentos de una leyenda que, con el transcurrir del tiempo, solo creció y se expandió.



Iluminación del Beato de Las Huelgas, elaborado en el año 1220 por encargo, probablemente, de Sancha García, abadesa del monasterio de Santa María la Real de Las Huelgas (Burgos). En esta imagen se representa el asedio de Jerusalén por las tropas de Nabucodonosor, una escena común a muchos beatos. En la panoplia de los combatientes se conjugan elementos propios de la Europa cristiana, como la monta con las piernas desplegadas por caballeros protegidos por lorigas de malla, con otros particulares de la Península debido a la influencia andalusí, como son el empleo de escudos circulares adornados con borlas o de arcos compuestos. Morgan Pierpont Library, Nueva York.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

